CAPÍTULO XXXIV. *De los dioses lares que estas gentes indianas tenían, llamados Tepictoton*

OMO TODA LA GENTILIDAD Y PUEBLO IDOLÁTRICO ha sido siempre uno en razón de idolatría (en unos más y en otros menos), por esto han seguido unas mismas cosas los unos y los otros, o ya movidos de su sola inclinación o ya por persuasión y consejo del demonio. Y entre las cosas que mucho han conformado estos indios, con los otros de las otras naciones, ha sido en la elección que han hecho de dioses manuales y comunes, los cuales los antiguos los llamaron lares, y estos indios, Tepictoton. Estos lares tenían los antiguos por ministros de los dioses y guardadores de los hombres. De éstos había unos que guardaban las casas; otros, los caminos; otros, otras cosas del servicio de la república. A estos lares se les ofrecían, en los primeros días de los meses, ciertos sacrificios y por su honor se ponían también ciertas muñecas, hechas de lana, de figura de niños y niñas, colgadas en las encrucijadas.[1] Estas figurillas eran tantas (según Servio[2] dice) cuantos eran los hombres libres y esclavos que había en casa; y esto hacían porque a los vivos no hiciesen mal ni daño, contentos y pagados de aquellos idolillos que les presentaban.

Estos indios tenían de estos dioses lares; y era ley, entre algunas de estas gentes, que los reyes y señores tuviesen continuos en sus casas seis dioses; los caballeros y nobles, cuatro; y los plebeyos y populares, dos. Tenían ídolos en los patios de las casas y en los lugares eminentes, como montes o sierras, puertos y collados o subidas altas. Teníanlos también junto de las fuentes, donde hacían sus altares cercados de gradas. De estos altares había en los caminos con sus ídolos, y en los barrios de los pueblos y calles de la ciudad. Éstos son como aquellos dioses y altares que dice la Sagrada Escritura, en el cuarto *De los reyes,*[3] que estaban a la puerta y entrada de la casa de Josias; porque de éstos hubo en aquella ciudad muchos en el tiempo de Achaz, que los edificó en muchas partes del pueblo. Y esto mismo hicieron después las gentes del rey Antioco cuando saquearon la ciudad y destruyeron sus moradores, que poniendo un abominable ídolo sobre el altar del templo, pusieron en lo restante de los pueblos y barrios altares, y a las puertas de las casas sus ídolos, y en las plazas quemaban incienso y sacrificaban, como se dice en el primero *De los macabeos.*[4]

Otras imágenes semejantes o idolillos, como las referidas muñecas de los antiguos, hacían estos indios a honra de los dioses monteses, a los cuales atribuían todas las enfermedades que procedían de frío; y por esto les hacían sus imágenes en sus casas y los incensaban y enramaban con flores y honraban con otras ofrendas de día y de noche, todo a fin de tenerlos

[1] Plaut. Aulular. in Prolog. et Scena 5. A. 2. Ovid. eleg. 3. lib. 1. Trist.
[2] Servius in 2. et 3 Aeneid.
[3] 4. Reg. 25.
[4] 1. Mach. 1.

propicios, para que los librasen de semejantes enfermedades, y que si las tuviesen los librasen y sanasen de ellas. De aquí se entenderá la razón por qué en muchas partes de los caminos, y en los montes, y en las ciudades y pueblos, hay en las encrucijadas de las calles cruces y humilladeros; porque como en estas partes dichas había ídolos y dioses que llamaban lares, los quitaron los primeros ministros del evangelio, y en su lugar pusieron la imagen de la Santa Cruz para que en su vista se recordase la memoria del que murió en ella, que es Jesucristo, nuestro señor, verdadero Dios de los hombres, y se pusiese en olvido el falso culto del demonio, que en esos mismos lugares se hacía y obraba.

CAPÍTULO XXXV. *Donde se dice y declara el origen y principio que tuvieron las imágenes en el mundo, y del tiempo que comenzaron las estatuas y simulacros del demonio*

IMAGEN (dejadas otras significaciones que tiene) es una semejanza de otra cosa, la cual la representa por ausencia suya. Esta representación, que nosotros llamamos imagen, llamaron los antiguos simulacro, tomada la etimología (como dice San Isidoro)[1] de la similitud y semejanza porque son unas figuras semejantes a las cosas que representan, según su industria y saber del artífice que las hizo. De manera que se llaman simulacros, o porque son semejanzas de lo que representan, o porque son fingimientos y simulaciones de lo que quieren por ellas significar. Según el mismo santo, dicen los hebreos que el primero que inventó estos simulacros o figuras fue Ismael, hijo de Abraham. Que sea así, no lo sé; aunque es muy cierto que los hizo deducido de la Sagrada Escritura, donde en el *Génesis*[2] se dice que Sara, madre de Isaac, vido a Ismael su entenado jugar con su hijo, donde entre otras significaciones que esta dicción jugar tiene, es una idolatrar; y algunos dicen que hacía idolillos de barro, con que reconocía dioses falsos. De manera que lo cierto de este lugar es que Ismael hacía ídolos y simulacros, pero no se sabe que fuese el primero, demás de que en tiempo de Tharé, padre de Abraham, había idolatría y, como tenemos probado en este mismo libro, antes del Diluvio la hubo, y pudo ser que entonces se inventase esta invención diabólica.

Y dice San Isidoro,[3] que en tiempo de Heber se edificó la Torre de Babilonia, donde había templos de mármol hermosísimos, la cual fue edificada por Nembroth, aunque antes lo había dicho San Gerónimo[4] por estas palabras. La fortaleza de aquella ciudad de Babilonia es una torre que fue edificada después de el Diluvio, la cual tenía de alto cuatro mil pasos, en modo piramidal, para que el edificio se sustentase. Y hay quien diga por

[1] Div. Isidor. lib. 8. Ethymol. cap. 11.
[2] Genes. 21.
[3] Lib. Chro. 2. Aetat. sacul.
[4] Div. Hier. in Isai. cap. 4.